

NO CONFIAR EN NOSOTROS MISMOS:

La mayoría pasamos inadvertidamente la mala enseñanza que nos dieron nuestros padres a lo largo de toda nuestra vida. Tanto verbalmente como genéticamente nuestros padres nos mal formaron al presentarnos caminos que parecían derechos, pero que al final nos llevaron a la muerte, a una vida alejada de Dios. No reparamos en el diseño que tiene todo nuestro ser para amar las cosas del mundo, y de la carne. En fin, vinimos a Cristo formados con todo ese bagaje de conocimiento, cimientos y estructuras mundanales que para efectos prácticos, muchos de ellos nos fueron rentables y otros creemos que son dignos de ser conservados e imitados. La mayoría pensamos que la buena educación, los buenos modales, la buena posición económica, y otros atributos humanos pueden superar la Vida del Señor. Bajo esta manera de pensar es como la gran mayoría venimos a los pies de Cristo.

“La confianza en nosotros mismos” es una enfermedad que puede atrofiar seriamente nuestro desarrollo cristiano. Aquellos creyentes que tienen un alto concepto de bondad y moralidad en sí mismos pierden el fluir de gracia en sus vidas porque llegan a creer que alcanzaron la Vida Eterna a raíz de lo que ellos son. Algunos llegan al extremo de creer que aceptaron al Señor sólo por mayor seguridad, pues, creen que son tan buenas personas y que ya tienen asegurada la entrada a la eternidad. Muchos no logran ver el problema que tenían con sus pecados pasados, creen que eran sólo dos o tres cosas las que tenían que solventar y que lo demás estaba bien. Pero leamos algunos pasajes de la Biblia que nos muestran nuestra condición humana delante de Dios:

Isaías 1:4 “¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. v:5 ¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. v:6 Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite”.

Isaías 64:6 “... todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento”.

Efesios 2:1 “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”

Romanos 3:9 “... ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. v: 10 Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; v:11 No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. v:12 Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. v:13 Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; v:14 Su boca está llena de maldición y de amargura. v:15 Sus pies se apresuran para derramar sangre; v:16 Quebranto y desventura hay en sus caminos; v:17 Y no conocieron camino de paz. v:18 No hay temor de Dios delante de sus ojos.

¡Qué tremendo lo que dice la Escritura acerca del hombre! Todo lo que hacemos por naturaleza son obras muertas. Todos estos versos deben ser suficientes para saber que no tenemos que confiar en nosotros mismos.

Si vemos en la Escritura detalles de la vida de los hombres más ungidos del Señor nos damos cuenta que en sus puntos más fuertes terminaron siendo débiles. Por ejemplo, veamos a Abraham el padre de la fe, éste era un hombre piadoso y amante de Dios, pero cuando el hambre llegó a la tierra de Canaán, descendió a Egipto. Al llegar a aquella tierra, el Faraón lo entrevistó y de una sola vez aprovechó para preguntarle acerca de Sara, su esposa, a lo que (Abraham) respondió: “Ella es mi hermana”. A cambio de Sara, Abraham llegó a tener muchas riquezas, pues, el Faraón la tomó como su esposa. Aquel gran hombre de Dios tuvo miedo de lo que pudiera hacerle el Faraón y por ello prefirió entregar a Sara; pero además del temor de perder su vida, Abraham llenó su corazón de ambición por las cosas que le ofrecieron. Hermano ¡Qué bajeza, qué impiedad! ¿Qué marido es capaz de entregar a su esposa a otro hombre por dinero? Nada más ni nada menos que Abraham. Alguien pensará dentro de sí: “yo nunca haría tal cosa”, posiblemente sea verdad porque nunca estará en las circunstancias que estuvo Abraham. Hermanos, a veces buscamos ponerles los pecados más grandes sólo a los hombres como Esaú, Caín, Absalón, etc. Pero algunas de las vilezas más grandes que encontramos en la Biblia las hicieron los grandes hombres de Dios.

Otro ejemplo lo podemos ver también en David, el dulce cantor de Israel. Se le ocurrió un día acostarse con una mujer que tenía marido y, por el deseo de tomarla como su esposa, mandó a matar al marido de esta. Este hombre no era desconocido de David, era uno de sus hombres de confianza, era uno de sus mejores guerreros, un hombre fiel que daba su vida por el Rey. Pero el “gran” David quiso solucionar aquella situación de manera práctica, hizo una carta a Joab (general del ejército) y en la carta le encargaba que asegurara la muerte de Urías. Le pidió que pusiera a Urías en lo más recio de la batalla y que luego lo abandonaran para que él muriera a mano de los enemigos. ¡Qué frialdad la de David! Mató a un hombre sólo por el deseo de tomar a una mujer casada. Esto se creería de cualquiera, pero lo hizo David, el amado de Dios, aquel que era ejemplo en Israel, sin embargo lo vemos cometiendo tal vileza. Estos ejemplos nos muestran que no podemos confiar en nosotros mismos. Los tristes fracasos de estos hombres de Dios deben ser lecciones para nosotros.

No confiar en nosotros mismos no debe ser un asunto sólo de decirlo cuando estamos en el altar, delante del Señor. A veces cuando entramos a Su presencia decimos: "yo no sirvo para nada, soy pecador, etc..." está bien que le digamos esto al Señor si así lo sentimos, pero el problema es que decimos esto cuando es obvio el pecado en el que hemos caído. Tendemos a desconfiar de nosotros mismos sólo cuando nos hemos revolcado en la mugre del pecado y más si otros nos han visto cometer una falta. Por ejemplo: si alguien en la iglesia pecó emborrachándose, él sabe que su falta es obvia. De todos los que asisten al culto, el que más reconocerá que necesita arrepentirse será este hermano, porque su pecado lo evidencia, la ebriedad. Pero qué de aquellos hermanos orgullosos, o las hermanas chismosas, en los cuales no hay una evidencia externa de su falta como sucede con la borrachera, ¿Cuándo se arrepentirán ellos de sus pecados que son igualmente inaceptables ante Dios como lo es la borrachera? Lo que sucede es que nos acostumbramos a ver que somos pecadores y a buscar el arrepentimiento sólo por aquellos pecados en los cuales vemos que las cosas se salieron de nuestro control, pecados que tienen efectos externos a nuestra persona, pecados en los que quedamos expuestos ante otros. Tal vez si el borracho no hubiera llegado borracho a la reunión de Iglesia, tampoco hubiera llegado humillado reconociendo que aún sin caer en la borrachera era pecador. Es fácil decir: “Señor qué sucio soy”, porque nos pesa la conciencia que hemos estafado a alguien, pero nos cuesta desconfiar de nuestra naturaleza, la cual, sin necesidad de cometer el acto, tiene la capacidad de estafar.

Confiamos tanto en nosotros mismos que tenemos el concepto de que los más sabios son aquellos que desde antes de que vinieran al Señor, siendo aún incrédulos, eran muy sabios para vivir, fueron tan inteligentes que pudieron sacar una carrera universitaria, fueron tan sabios que triunfaron en los negocios, etc. Luego también pensamos que los más santos en la Iglesia son aquellos que desde que estaban en el mundo eran gente respetable, educada, decente, sin vicios, etc. Por el otro lado, pensamos que los menos santos en la Iglesia son aquellos que en el mundo fueron homosexuales, drogadictos, prostitutas, vagabundos, borrachos, etc. Nos cuesta trabajo pensar que esos hermanos son santos porque cuando pensamos en santidad pensamos en aquellas personas que toda la vida, desde niños han hecho cosas buenas a pesar de que no conocían al Señor. También erróneamente muchas congregaciones creen que la humildad es la virtud de aquellas personas calladas, que nunca hablan, que se visten mal, que se descuidan de su aseo personal, etc. Todo esto sólo muestra la confianza que le tenemos a nuestra carne. Nos acostumbramos a vivir de las apariencias. Tenemos tanta confianza en nosotros mismos que creemos que "sólo hay que reparar en nuestra vida lo que se arruinó cuando estábamos en el mundo", pero hagámonos la pregunta: ¿Ante los ojos de Dios qué es lo que se preservó estando en el mundo? Si pensamos que hay que reparar sólo ciertas áreas de nuestra vida, aún no hemos aprendido una de las lecciones más fundamentales de nuestra vida cristiana: No debemos confiar en nosotros mismos.